



La derrota presidencial: aportes a un debate necesario

Pedro Montt y Mauricio Jelvez (1)

21/07/2010

Política

**La derrota presidencial:
aportes a un debate
necesario**

15/07/2010

Sociedad

**Cambio Climático:
Lovelock v/s Sachs**

21/06/2010

Economía

**El Salario Mínimo y sus
Implicancias Sociales en
Chile**

14/06/2010

Educación

**Una agenda educacional
de derechos: con
premisas más
ideológicas que bases
en la evidencia**

10/06/2010

Política

**Concertación: De la
derrota electoral a la
competencia política
difícil**

08/06/2010

Política

**El Mensaje del 21 de
Mayo: entre el
entusiasmo y la
confusión**

Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.ced.cl.

©2000 asuntospublicos.ced.cl. Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

¿Por qué perdimos?

Es una pregunta dura. Difícil de responder, pero ineludible para ganar el futuro y volver a ser mayoría. Las razones de la derrota son variadas y complejas, no poseen una explicación simple, como tampoco ocurre con los motivos por los cuales las personas se inclinan por una determinada opción con su voto. Este es un fenómeno complejo el cual depende de múltiples factores.

Se debate hoy que la reciente derrota presidencial se debe a la pérdida de votantes de centro. Qué bueno sería que una sola respuesta nos aclarara y resolviera todos nuestros desvelos. Y aunque parece una explicación plausible, los crudos datos muestran su tremenda insuficiencia.

Más allá de lo que deseáramos, esos datos, si analizamos con rigor los resultados de la segunda vuelta presidencial -otra cosa más compleja aún resulta analizar la primera vuelta-, muestran que lo que más influyó en la determinación del voto individual se explica de manera importante por los desafectos con la candidatura oficialista y la acertada penetración por la candidatura de la alianza de un segmento del electorado que en realidad fue el que decidió la elección: Estos son electores de centro, pero también y principalmente los que declaran desafección con todos los partidos políticos, los cuales son hoy y crecientemente la principal mayoría, representando a un 35% de los electores actualmente inscritos.

Así, fue la candidatura de la concertación la que dejó de prestar atención con su discurso a dos tipos de electores, los de centro que no representan más del 14% de la actual base electoral y, los que se autocalifican como "no representados por ninguna fuerza política" que son, como se señaló antes, más del doble de ese porcentaje. Más aún, es ese electorado el que durante los últimos años se ha incrementado sistemáticamente y proviene en un gran porcentaje de los desencantados que antes votaban por la concertación.

Así, una primera e importante conclusión es que lo que principalmente explica la derrota de Frei son las diferencias de adhesión Piñera-Frei en los votantes desencantados y no en los que se autocalifican de centro.

Esta tendencia se dio mezclada con factores de corto plazo como los asociados a las características del liderazgo presidencial concertacionista y el error en esta campaña de no explotar rasgos personales del candidato, los que sí incidieron en la votación de los electores. Un aspecto que resalta es el hecho de que el candidato concertacionista era quien inspiraba mayor confianza en la ciudadanía.

Dicho así, los resultados de una elección, siempre contextuales, poseen una explicación más profunda.

Sostenemos en primer lugar que nuestra derrota tuvo que ver con la pérdida de electores desencantados, molestos, ganosos de dar la oportunidad a otros, ello involucra a votantes que no sienten adscripción a corriente política alguna y algunos de los electores de centro o de opinión. Ello indudablemente conecta con razones profundas que pueden ser identificadas como las características de la actual estructura social en Chile.

Hace ya un tiempo atrás un grupo de demócratas cristianos planteó en la Junta de ese Partido una reflexión contenida en el documento 'Chile puede optar por un mejor futuro el 2010'. Se señalaba con preocupación que estando cerca de cumplir 20 años de gobierno, aún permanecía en Chile una crisis de representación política y de participación en los frutos del crecimiento económico.

Se valoraba -como debe ser- en toda su envergadura la obra social de los gobiernos de la Concertación, pero se advertía de los riesgos que observábamos en la acumulación de un malestar sistémico que se expresa en múltiples dimensiones. Primero, el malestar político, que se manifiesta en el alto abstencionismo electoral y en la baja legitimidad de nuestras principales instituciones políticas democráticas. Segundo, el malestar social creciente, una difusa, pero no menos potente demanda de dignidad, de igualdad de oportunidades y de movilidad social. Nuestros éxitos de superación de la pobreza no van acompañados de una mejoría estable y sostenida de las capas medias. Tercero, malestar por la pérdida de dinamismo en el crecimiento económico, criticábamos la excesiva preocupación por los equilibrios macroeconómicos frente al descuido de una agenda de reformas micro y meso que fortaleciera el desarrollo productivo y social de nuestro país. Cuarto, malestar cultural, en el que se valoraba el avance en la agenda de las libertades, pero lamentábamos los retrocesos en el espacio de las solidaridades. Quinto, malestar por el daño ecológico, mientras el medio ambiente cobra valor en sí mismo, veíamos una cierta incapacidad para detener el daño ambiental. Sexto, un malestar que compartimos con los pueblos de la región latinoamericana, expresado en la incapacidad de articular un proyecto político, económico y social de integración que sea sustentable. Séptimo, malestar producto de la globalización, considerábamos que el desequilibrio en las relaciones entre los países sigue dejando al mundo desarrollado en una situación de privilegio, muchas veces de abuso en la distribución de las oportunidades que debería generar la globalización y, por ello, un proceso que debiera ser considerado beneficioso para el mundo entero es percibido como una amenaza por muchos. Estos malestares se pueden en gran parte asumir también como el nuevo Chile que emergió y al cual la concertación no fue capaz de dar respuesta.

Se abren en el concepto de los malestares temas que será necesario clarificar para un diagnóstico más acertado de la derrota. Una pregunta cobra mucha fuerza ¿Qué son hoy las capas medias, las muchas clases medias presentes en nuestro país? ¿Qué se busca representar para ellas?

Los malestares de estos sectores pueden deberse a la presencia de un proceso real y que supera el contexto nacional conocido como la creciente individuación de las personas. Al hecho que estos sectores cada vez más creen en sus propias capacidades y en sus emprendimientos para progresar y, que lo que exigen del Estado son seguridades, no perder las conquistas que sienten fueron difícilmente ganadas;

aspiran acceder a los bienes que disponen los sectores acomodados; serían sectores con poca paciencia para esperar su turno en el reparto. También serían sectores que desean no correr el riesgo de volver a caer en una pobreza, la cual les costó esfuerzo superar. Creemos que mucho de lo señalado es parte de la realidad actual, por ello para importantes sectores sociales un Estado que asegure garantías básicas cobra total sentido. Aquí también hay un espacio para la derecha, para que desde su particular mirada, señale al país que buscan una nación de oportunidades construida por el esfuerzo individual de las personas.

Por otra parte se debe dar la lucha frente a esos sectores para invitarlos a un proyecto político donde junto al esfuerzo personal, existan espacios de construcción comunitaria, para que también prime la solidaridad, el esfuerzo colectivo y el civismo democrático y republicano, porque es este sector el que puede hacer la mayor contribución a la gobernabilidad y la cohesión social del país.

La reciente catástrofe, el terremoto y posterior maremoto, demuestra lo central que es para el país el que no se abandone la tarea de pedagogía política en una verdadera batalla cultural. Ello resulta más urgente, si en los momentos más duros de la tragedia, vimos un Chile que no nos gustó, el del sálvese quien pueda, el de la ley de la selva y el darwinismo social, eso también resulta ser el Chile de hoy y, en una acción de dignificación, debemos demostrarnos a nosotros mismos que podemos superar nuestras miserias, revalorizando la solidaridad, los testimonios de heroísmo anónimo, que sí ocurrieron, y la recuperación del espacio comunitario y las redes sociales. Estas son las únicas herramientas que nos permiten de verdad sentir que somos parte de una nación y de una causa común.

En síntesis, a qué clases medias buscamos representar es un debate abierto.

A estas realidades se suman otras de alta complejidad que caracterizan desde una perspectiva más largo placista y estructural a nuestra derrota.

No podemos dejar de mencionar que otra de las causas profundas está asociada a la disolución creciente y a lo largo del proceso democrático de la antinomia democracia-dictadura y su no claro reemplazo por otra diferenciación que hiciera sentido a los ciudadanos. Desde hace más de una década que comenzó a horadarse esa distinción, crecientemente sectores que votaban por la concertación lo hacían no por considerarla la mejor opción, sino el mal menor. Las victorias estrechas de Lagos y el paso a segunda vuelta de Bachelet muestran aquello. Se ha olvidado que recién asumido el presidente Lagos, un destacado analista político ya en esa época hablaba de "la ceremonia del adiós" y tenía mucha audiencia su tesis.

Si ya se encontraba debilitada esa diferenciación, clave en su momento para la opción de voto de muchos chilenos, la candidatura de MEO vino a sepultarla definitivamente, más aún al romper la tensión política entre democracia y dictadura instaló, haciendo más fácil el trabajo de la candidatura de derecha, que el verdadero problema eran los rostros repetidos, el de los operadores políticos, el de los aferrados al poder, que sumado a la sistemática campaña mediática que profundizaba el desprestigio de los políticos tradicionales y "viejos" identificando a estos con la concertación, terminó por alterar la dinámica política. Se hizo más fácil para muchos que antes votaban a regañadientes por la concertación no hacerlo en esta ocasión, eso fue muy bien utilizado por la derecha y su slogan de que son "la nueva forma de gobernar".

Pero este fenómeno ¿Se puede caracterizar como un realineamiento político? Sostenemos enfáticamente que no. Un solo dato y muy relevante, Piñera obtuvo con un padrón electoral muy similar, la misma votación que Lavín el año 1999, sin embargo a diferencia de este último ganó la elección, es clave preguntarse por qué. La respuesta es simple, hay cerca de 300 mil ciudadanos que en esta ocasión no fueron a votar

por el candidato concertacionista y aún cuando se desconocen sus razones de fondo, lo cierto es que si lo hubieran hecho, Frei hubiera ganado por el mismo estrecho margen que lo hizo Lagos.

Otro factor, en particular muy relevante para los electores de opinión. Debemos incorporar una profunda autocrítica a la dinámica que adquirieron los partidos concertacionistas. Los partidos son identificados por lo que hacen y por lo que se configura como opinión de lo que hacen o son. Su identidad también es conferida por la ciudadanía. Los partidos pueden identificarse como maquinarias para acceder al poder del Estado y/o como órganos de mediación con la sociedad a través de la propuesta de políticas públicas para resolver los problemas reales de la gente. La concertación sufrió un brutal proceso de "estatización" de sus cuadros, fue crecientemente percibido por los ciudadanos como la institucionalización de maquinarias capturando las posiciones del Estado, cada vez más indiferentes a los problemas de la gente, distantes e incluso con crecientes grados de abuso en el ejercicio del poder del Estado. Cada uno de sus partidos fue incapaz de auto regularse en esta materia y mostrar una mayor sensibilidad frente a una ciudadanía cada vez más exasperada por estas prácticas. Queremos hacer una pregunta para reflejar aquello: ¿Cuánto tiempo destinan nuestros partidos a las disputas internas versus el diseño de políticas públicas para competir por la adhesión ciudadana? Qué decimos de nosotros mismos cuando intentamos definir cómo nos percibe la gente: partidos de peleas y disputas, desde afuera nadie sabe por qué, pero lo sospecha: el poder.

Así también, se perdió porque se descuidó el rol programático de los partidos es decir, como partidos que participan activamente en la agenda pública proponiendo ideas para el beneficio de la gente.

Por último, lo ya señalado respecto de un proceso con una dinámica global, como el de la individuación que afecta en su volatilidad al voto de los que deciden las elecciones, combinado aquello con el desprestigio de la política en donde es cada vez más difusa para los electores la verdadera identidad de los partidos, en particular de los históricos. Todo ello también impacta negativamente en el principal activo de cualquier conglomerado político: su credibilidad.

Habrá que imaginar que eso ocurría con un padrón electoral estático y envejecido. Nadie puede predecir qué ocurrirá ahora con la incorporación de los nuevos y potenciales 5 millones de electores. Ese resulta un desafío mayor para todo el sistema político, materia que habrá que estudiar.

Junto a lo anterior, no pueden eludirse factores contextuales asociados a los rasgos personales de los candidatos presidenciales y, como ya se señaló antes, a la incapacidad de resaltar las virtudes que atribuía la ciudadanía a la opción de la concertación. Esto se ve agravado por factores asociados al liderazgo de nuestro conglomerado como un todo, ya que desde hace bastante tiempo se mostraban signos de evidente fatiga política, así la indisciplina que retribuía más que la lealtad, los rendimientos decrecientes en la gestión de gobierno y algunos ejemplos emblemáticos de corrupción muy bien explotados por la derecha, son factores que también pesaron a la hora del voto.

Como se puede ver, es de suyo complejo dar cuenta del porqué una diferencia de 3% nos hizo perder la elección presidencial. Cualquier explicación unívoca se queda corta y resulta un mal diagnóstico, el cual no nos conducirá a afrontar con decisión y de manera correcta la tarea de re encantar a los chilenos.

Una lección debemos sacar de la derrota. Ello resulta más acuciante si como señalamos antes, la próxima elección nacional se dará en un nuevo escenario en el cual nadie posee capacidad de aventurar las conductas de los nuevos electores. Así, sostenemos que en lo inmediato, la tarea de la concertación será abocarse a dos frentes: en primerísimo lugar a recuperar a los desencantados, a los molestos y, conjuntamente,

a disputar el centro del cual tributamos parte importante de nuestra votación (30%). Ello sobre todo porque el actual gobierno busca copar ese espacio y parte de nuestra tarea es contener ese esfuerzo. Pero abocarnos a esa tarea significa conectarnos con esos sectores, reconocer sus sueños y aspiraciones, identificar sus demandas y reivindicaciones. Es hora de escucharles de reconocerles e incorporarles en el proceso político nacional, buscando representarles desde nuestro ideario y valores. Más aún si ha pasado mucha agua bajo el puente y hoy somos oposición por voluntad del pueblo.

Pero no nos confundamos, cada partido tiene también un desafío interno. Fortaleciendo su organización y disciplina, aumentando la fraternidad y camaradería, desarrollando propuestas capaces de movilizar a importantes sectores del país, cuidando nuestros liderazgos y fomentando su desarrollo. En el testimonio de la convivencia interna, también se está jugando nuestra credibilidad frente a los chilenos.

Junto con desarrollar nuestra organización y como fuerza política opositora requerimos construir sólidas bases si pretendemos recuperar la representación de muchos chilenos que en el largo camino de transformar Chile desde el gobierno los últimos 20 años, fueron perdiendo su convicción de que, de verdad y junto con otros, somos la opción para un futuro mejor de las grandes mayorías nacionales.

Esas condiciones exigen de un posicionamiento político que responda con certeza y sin dilaciones otra pregunta central si buscamos reencantar a los chilenos y, en el largo plazo, construir el Chile que buscamos hacer realidad, un país unido, justo, democrático e integrador de las grandes mayorías.

El debate sobre el centro es un falso debate.

Partiremos de una pregunta: ¿No es evidente que sectores centristas han ido desplazándose hacia la Derecha? Sostenemos que este debate es inconducente.

Los datos de la elección presidencial indican que la gran mayoría de los votos perdidos no se ven interpelados por esa distinción. ¿Cómo explicar que la encuesta más prestigiada observaba sistemáticamente que en una escala de 1 a 10, en donde 1 significaba extrema izquierda y 10 extrema derecha, la gente puso a Frei un 4,5, es decir le calificó como muy cercano al centro y a Piñera lo calificó con un 8,2, es decir muy cercano a la extrema derecha? Sin embargo lo anterior, al momento de votar la mayoría de los electores que decidió la elección se inclinó por Piñera. Concluimos una sola cosa, el posicionamiento izquierda-centro-derecha de los candidatos no fue relevante a la hora del voto.

¿Por qué una alianza de Centro Izquierda?

Para poder afirmar que hay un ‘ ‘nosotros’ ’ y ‘ ‘ellos’ ’, ha sido clave el diseño institucional de la democracia y los poderes fácticos que apoyaron a la dictadura de Pinochet, ello aun subsiste, ya que a pesar de las múltiples y democratizadoras reformas de la Constitución del 80, se ha mantenido un régimen de vetos que supone el concurso de súper mayorías para aplicar los aspectos más democratizadores, política y socialmente hablando, de nosotros, la concertación. Desde el gobierno buscamos lograr avances imponiendo la democracia de los acuerdos, camino que para la envergadura de las reformas que se avecinan se ha demostrado insuficiente, todo agravado por la falta de convicción y señales por parte de la derecha para retomar y profundizar este camino.

Hoy en la oposición, señalamos que siendo necesaria su reinención, la concertación es el camino para construir un Chile más justo y democrático. Efectivamente, es necesario realizar una profunda autocrítica respecto de nuestra alianza política, sin embargo, sería un gravísimo error iniciarla sin considerar las siguientes bases: la concertación no nació producto del oportunismo de sus dirigentes que vieron en ello un instrumento para acceder al poder, por el contrario ella nació producto de una profunda autocrítica de los partidos de centro y de izquierda a los cuales el quiebre democrático de 1973 les demostró que un perpetuo enfrentamiento entre sectores populares y clases medias, el centro y la izquierda, no sólo impedía realizar las reformas estructurales que el desarrollo chileno exigía, sino que además hizo imposible la democracia; la concertación dirigió un proceso de cambio social que hará, sin lugar a dudas, que la historia recuerde su período de gobierno como uno de los más exitosos en la historia nacional y; la concertación no sólo ha sido un instrumento político precioso para dar gobernabilidad democrática y progreso social a Chile, sino que un eficaz medio político electoral para derrotar durante 20 años a la derecha. Si algunos desde nuestro propio partido o sectores de la izquierda proclamaran el fin de la alianza Democracia Cristiana y la Social Democracia, deben saber que se perderá una real oportunidad para la democratización política y social de Chile.

La Concertación 3.0

Debemos refundar la concertación ya que el camino del continuismo no resolverá las insuficiencias más sustantivas de nuestro proceso histórico en búsqueda de un país con una democracia profunda, socialmente inclusiva y económicamente sustentable. Se requiere del valor para emprender un proyecto país refundacional, que cierre un ciclo y abra otro distinto: el del siglo XXI, más allá del Bicentenario.

Corresponde ahora, en concertación, abrir un camino nuevo. Debemos propositivamente distinguirnos de la derecha que para los ciudadanos se ha hecho demasiado semejante a nosotros. Debemos recuperar los lazos con los movimientos sociales organizados; debemos concentrarnos en la configuración de un nuevo proyecto de desarrollo que respete el medio ambiente, que asegure garantías básicas en educación, salud, justicia y trabajo a todos los chilenos y al mismo tiempo fomente la innovación y el emprendimiento, particularmente del mundo productivo que concentra al grueso de nuestra fuerza laboral; debemos ser audaces e imaginar una distribución de la carga más justa a la hora de financiar el enorme esfuerzo que implicará ese proyecto; debemos fomentar activamente la deliberación democrática y la participación para construir ciudadanía, ofrecer propuestas reales y concretas a los chilenos para reformar el Estado y descentralizar Chile; debemos apostar por reformas a la legislación laboral que fortalezcan los sindicatos y la negociación colectiva, fortalecer el diálogo social y Consejo Económico Social; debemos desarrollar con resolución propuestas para romper con el actual control mediático y revalorar la importancia del pluralismo en los medios de comunicación, y; debemos fortalecer los partidos políticos. Nuestro sello deberá ser reequilibrar con políticas de Estado a las políticas de mercado.

Hoy Chile cambió: lo gobierna la derecha. Tenemos en este nuevo escenario dos alternativas: una, ser espectadores críticos de un gobierno de derecha y abocarnos a denunciar sus insuficiencias y desprolijidades o, dos, poner nuestra energía en refundar un proyecto histórico para un Chile desarrollado.

En la hora presente, nuevamente estamos convocados a un esfuerzo de significación histórica. Será un camino pavimentado de sacrificios y provisto de pocas recompensas. Tendremos que dar varios pasos atrás para dar uno adelante. Deberemos ser más generosos y preguntarnos a cada momento qué es mejor para el país y hacer las renunciaciones cuando corresponda. Deberemos cuidar nuestros liderazgos. Deberemos re concursar para ganarnos la confianza de los chilenos y chilenas y volver a ser mayoría.

Deberemos hablar más de futuro que de las proezas del pasado. Deberemos pararnos en una esquina más desconocida y con más incertezas.

Deberemos caminar juntos por una senda que no ofrece atajos. Este caminar comienza hoy.

(1) Documento editado por Pedro Montt y Mauricio Jelvez, y que forma parte de una reflexión compartida entre Eduardo Saffirio, Sergio Micco, Ximena Rincón, Patricio Vallespín, Yasna Provoste, Fredy Ramos, Luis Ruz y Cristián Suárez.